

LAS EPÍSTOLAS DEL SUPMARCOS A LA PRENSA: LA CONSTRUCCIÓN DISCURSIVA DE UNA IDENTIDAD*

*Roberto Flores***

Escuela Nacional de Antropología e Historia

PALABRAS CLAVE: MARCOS, ZAPATISTA, SEMIÓTICA, NARRACIÓN, IDENTIDAD

Introducción

El relato comienza en la madrugada del primer día de 1994 con la ocupación armada de la ciudad de San Cristóbal de las Casas, Chiapas, por parte de misteriosos encapuchados que parecían provistos del don de lenguas. Para unos, el acontecimiento era alarmante puesto que revivía temores atávicos de ruptura del orden, de irrupción del caos, de caída de esa ciudad que los coletos consideran bastión de la civilización y la cultura en manos de hordas de indios salvajes. Para otros, se trataba del inicio de una nueva época, cargada de promesas y esperanzas, portadora de los ideales más queridos de la población indígena y campesina de México, el zapatismo y la reforma agraria. Para otros más, el suceso aparecía como un rechazo a la modernidad representada por el ingreso de México a un Tratado de Libre Comercio de Norteamérica.

Unos lo situaron bajo el signo del indigenismo, otros, atentos a la historia reciente, veían en los zapatistas el más reciente avatar de la guerrilla izquierdista

* El presente texto recoge y amplía una ponencia presentada en el XX Congreso de la Semiotic Society of America y publicada en C. W. Spinks y J. Deely (eds.), *Semiotics 1995*, Peter Lang, 1996. Asimismo, se apoya en un artículo periodístico publicado el 19 y el 20 de febrero de 1994 en *La Jornada*.

** rflores57@yahoo.com

latinoamericana, subrayaban los vínculos del estado de Chiapas con Centroamérica y adivinaban vínculos con los sandinistas, con el Frente Farabundo Martí, con Sendero Luminoso, al tiempo que hablaban del fin de la historia para intentar conjurar el retorno del marxismo. Finalmente unos terceros hablaban de modernidad, o más precisamente de posmodernidad, invocando también el fin de siglo y la desaparición de los regímenes comunistas (como lo hicieron, en su momento, unos diputados italianos del Partido Radical, de visita en el estado) y el fin de las ideologías (o más bien su trivialización); estos terceros subrayaban la importancia de esa rebelión que se presentaba como genéricamente indígena; la presencia de reivindicaciones nacionales y no sólo regionales y, por último, aunque de manera muy notoria, la presencia de un subcomandante con pretensiones literarias.

La figura del subcomandante Marcos atrajo rápidamente la atención y concentró miradas que iban desde el recelo de ver a un blanco entre los indios, hasta la fascinación amorosa que suscitaba un rostro oculto, en el cual se querían adivinar los rasgos de la donosura. Poco después del inicio del movimiento, comenzaron a llegar a las redacciones de varios periódicos las célebres cartas del personaje, cuajadas de posdatas, en donde se conjugaban manifiestos políticos, reprimendas, recuerdos personales y relatos de sabor mítico; cartas que parecían conjugar, en un estilo con pretensiones indudablemente literarias, políticas y poéticas. Tratar de interpretar entonces esta figura parece enfrentarnos a una alternativa radical, entre la tradición representada por el movimiento armado y la posmodernidad de su presencia discursiva. Para lograr esta conciliación de los contrarios me centraré en la imagen del supMarcos, que analizaré desde la perspectiva de una *socio-semiótica de la identidad*.

Examinaré a continuación algunos emblemas de esa nueva identidad: máscaras y posdatas del supMarcos, para proponer que la identidad, sea individual o colectiva, es el producto de relaciones entre imágenes producidas al interior del discurso mediante dispositivos de carácter aspecto-temporal, que crean la ilusión de un vínculo entre un ser y su representación.

1. Una identidad retórica

En primer lugar no es posible dejar de señalar que la figura de Marcos aparece como si fuera un tropo de su discurso, un oxímoron condensado al extremo: *un secreto mostrado*. Recordemos que ya de por sí un oxímoron es una paradoja condensada y que por tal razón se sitúa en el polo *intenso* de la categoría de la

tensión, tensión discursiva en este caso que opera sobre la elasticidad del discurso, pero que posee un efecto no sólo veridictorio² sino también provocador.

En términos de veridicción, la máscara–pasamontañas establece un contraste entre el anonimato de la persona y el estatuto público de los discursos (Flores, 1994):

esconder vs. mostrar

Ese contraste no se resuelve sino que, al asumir la contradicción, hace coexistir los opuestos en un equilibrio tenso. La presencia del subcomandante exige una solución a la paradoja; de ahí el efecto provocador que su discurso, posterior a su aparición sorpresiva, se encargará de desarrollar. En ese sentido, la figura de Marcos responde a una “estrategia de presentación de sí mismo” (Goofman, 1959 y Landowski, 1993: 113) que no se limita a la máscara sino que también aparece en sus cartas:

*En realidad estas postdatas son una carta que se disfraza de postdata (6/02/94; 1: 130).*³

Ahora bien, si se quiere evitar un planteamiento referencialista en torno de la semiótica de la identidad, estos efectos veridictorios de la figura y el discurso del subcomandante Marcos nos remiten, para su análisis, a los procesos de construcción de simulacros a través del acto de enunciación.

Como presencia sorpresiva, la figura del subcomandante juega el papel de un primer acto de enunciación, con el cual afirma su propia identidad. Al respecto, es útil relacionar ese primer acto con las propuestas de G. Benveniste (1966: 154) y J. Cl. Coquet (1984: 12-15) respecto del acto de enunciación, en donde reconocen la existencia de una proposición implicada por cualquier acto de discurso y, por medio de la cual, se instaura el sujeto de enunciación:

Ego es quien dice Ego y quien se dice Ego

² A diferencia de la verdad como correspondencia con la realidad o de la verosimilitud como plausibilidad, la veridicción aborda la temática de la verdad dicha o enunciada y se describe mediante la correspondencia, o no, entre una apariencia y lo que, en el texto, *se dice* que es verdad.

³ Se indica la fecha de publicación de la carta y a continuación el tomo y la página de su publicación en los *Documentos y comunicados* del EZLN, editorial Era.

Esta proposición contiene dos operaciones constitutivas:

decir algo + afirmarse como el que dice.

Las cuales no dejan de recordar el enunciado teológico con el que se afirma la absoluta autonomía del sujeto divino:

Ego sum qui sum

En un ámbito no divino, laico ¿quién tiene la capacidad de afirmar su autonomía? El enunciador, pero a costa de que limite su ser al campo del lenguaje:

Soy aquel que habla y dice “Soy Ego”.

Esta limitación tiene dos consecuencias: 1) introduce la posibilidad de otro enunciado diferente a “Soy Ego”; 2) abre la puerta a la polémica.

En cuanto a la primera, otros enunciados —soy indígena, soy zapatista, soy líder político, soy militar— constituyen ulteriores limitaciones a la afirmación del ser, con lo que la afirmación pierde todavía más fuerza asertiva. El problema que enfrenta Marcos es conservar la capacidad del enunciado afirmativo de instituirlo como sujeto autónomo: soy quien digo ser porque así lo digo. De ahí que requiera demostrar la posesión de una competencia enunciativa.

En cuanto a la segunda, independientemente de la fuerza asertiva de la enunciación o, más bien, negando dicha fuerza asertiva, otros enunciadores pueden hacer uso de la palabra y sustituir al enunciado propuesto (“soy quien digo ser”) enunciados alternativos. Estos otros enunciados pueden ser de carácter negativo o positivo: “no eres quien dices ser”; “eres quien yo digo que eres”. Pero, lo que es común a estos enunciados es que ambos confrontan competencias enunciativas antagónicas. De esta manera se instaura la polémica inicial:

Soy indígena, zapatista, revolucionario, etcétera,

vs.

Es indígena aquel a quien yo llamo indígena

La afirmación reflexiva, aquella por medio de la cual Marcos se define a sí mismo, se apoya en una pretensión de la absoluta autonomía del sujeto y en su capacidad para poder identificarse mediante cualquier predicado, lo que corresponde, según Coquet (1984: 24), a una predicación generalizante *ser todo* (*aquello que yo quiero ser*). Por su parte, otros enunciadores, responsables de la afirmación transitiva pondrán el acento en la negación de esta autonomía y buscarán afirmar el carácter dependiente de la identidad del subcomandante mediante enunciados del tipo *no eres todo* (*lo que tú quieres ser*), *no eres más que* (*lo que yo digo que eres*). De esta manera, el dispositivo de identificación que opera en la afirmación de la identidad pone en juego las siguientes oposiciones:

identidad autónoma	vs.	identidad dependiente
/ser todo/		/no ser más que.../
predicados generalizantes		predicados particularizantes

Desde la perspectiva del subcomandante, el mecanismo de autoidentificación se establece mediante dos estrategias complementarias: la *ambigüedad* y la *vaguedad* que definen un recorrido al interior de un cuadrado semiótico⁴ de la identidad. En la primera estrategia, Marcos adopta *papeles temáticos*⁵ variables como aparece en el siguiente ejemplo:

[...] *pirata extraviado, profesional de la esperanza, transgresor de la injusticia, bandido de suspiros, amo de la noche, señor de la montaña, hombre sin rostro y sin mañana.* (3/09/94; 1:304)

⁴ En la semiótica estándar de la Escuela de París, el cuadrado semiótico es la estructura elemental de la significación mediante la cual se describen las categorías semánticas. Esta estructura articula dos términos (S1 y S2) en el seno de una misma categoría mediante relaciones de contradicción que generan términos negados (no S1 y no S2): a su vez, a partir de un término (por ejemplo S1), su negación (no S1) permite generar el término contrario (S2), mediante implicación. Así, por ejemplo, abandonar un lugar A supone estar en un lugar definido como (no A), que es condición indispensable para llegar a estar en B.

⁵ La semiótica narrativa define a los actores de un relato a partir de los papeles que asumen: por un lado, los papeles actanciales son las funciones que un personaje asume dentro de un relato específico y los papeles temáticos: formas estereotipadas que le ofrecen el léxico y la cultura. De este modo, un joven huérfano (papeles temáticos) será el héroe (papel actancial) que rescate a la princesa.

Roberto Flores

Pero también en sus escritos opera una *escisión* de la identidad en múltiples personalidades:

P. D. Que, de luto, llora. Estaba yo escuchando en la grabadorcita esa rola... cuando viene corriendo mi otro yo y me dice: —Parece que te saliste con la tuya...

—¿A poco ya cayó el PRI? —pregunto con esperanza.

—N'ombre!... Te mataron —dice mi otro yo.

—¿A mí? ¿Cuándo? ¿Dónde? —cuestiono mientras hago memoria de dónde he estado y lo que he hecho.

—Hoy, en un enfrentamiento... pero no dicen donde mero—, responde.

—Ah, bueno!... ¿Y quedé malherido o mero muerto? —insisto.

—Toditito muerto... así dicen las noticias —dice mi otro yo y se va.

Un sollozo narcisista compite con los grillos.

—¿Por qué lloras? —pregunta Durito mientras enciende su pipa.

—Porque no podré asistir a mi entierro.

Yo, que me amaba tanto. (17/03/95; 2: 278)

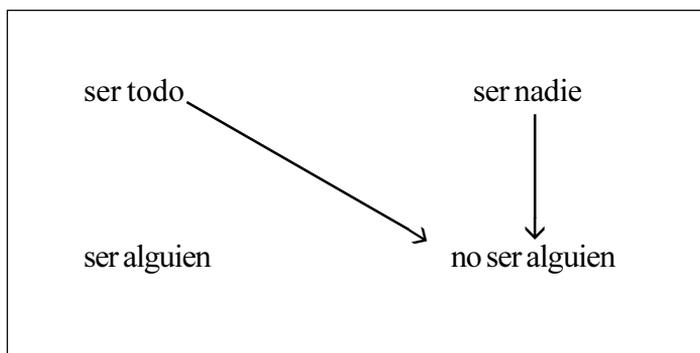
La segunda estrategia, mediante la vaguedad, opera por *denegación* de la identidad asignada por otros enunciadores:

Espero que la 'media filiación' del 'comandante Marcos' no le haya traído contratiempos a más inocentes (doble contra sencillo a que con esa 'media filiación' van a acabar deteniendo al que protagoniza a 'Juan del Diablo' en la telenovela 'Corazón Salvaje' del canal, but of course, de las estrellas). (13/01/94; 1: 72)

O bien, opera mediante el *rechazo* al proceso mismo de identificación:

¿A qué tanto escándalo por el pasamontañas? ¿No es la cultura política mexicana una 'cultura de tapados'? (20/01/94; 1: 98)

Como puede apreciarse en los ejemplos citados, las distintas estrategias tienden a negar la existencia de una identidad singular del tipo *ser alguien*, en provecho de una identidad general del tipo *ser todo* mediante la multiplicación de la identidad y que lo conduce a ocupar, dentro de un cuadrado semiótico de la identidad, la posición definida por el término contrario, *ser nadie*.



2. La polémica en torno a la identidad

Además de la autonomía o dependencia y de la cuantificación, el dispositivo identificador pone en juego una orientación temporal articulada mediante dos términos contrarios (Coquet, 1984: 27-32) con los cuales se establece la polémica en torno a la identidad:

identidad anticipada / identidad asumida

La identidad, sea anticipada o asumida, corresponde a una identidad enunciada en un presente de la enunciación, pero dotada de una orientación que la convierte en una imagen reflejo de una identidad supuestamente *real* fincada en un pasado o en un futuro. Se trata pues de analizar la identidad en la existencia de dos simulacros o representaciones, una de las cuales se sitúa en el presente de la enunciación y *proyecta* o *retroyecta* a la otra en el eje temporal, ya sea en un pasado o en un futuro como una representación de la representación.

En los discursos de los zapatistas y en los de sus detractores, la asignación de identidad se contrapone a la enunciación de la propia identidad: quién se puede nombrar a sí mismo, quién es nombrado. Si se toma el discurso de los detractores surge una oposición en la que el primer término afirma la capacidad para identificarse a sí mismo y, el segundo, niega al otro la capacidad de identificarse por sí solo:

Grupo de auténticos coletos vs. *autodenominados zapatistas*

Cabe señalar, con respecto al primer término de esta oposición, que la autenticidad así afirmada es disputada por distintos grupos de sancristobalenses en una polémica cuyo origen es anterior a la sublevación zapatista: esta denominación se la disputan habitantes de algunos barrios tradicionales, miembros de las clases medias y altas conservadoras y habitantes oriundos de esa ciudad.⁶ Como rasgo general, la denominación “auténticos coletos” se apoya en la autoctonía asociada a otros rasgos raciales y de clase, lo que da un valor retroyectivo a esa identidad reflexivamente asumida, es decir, encuentra la identidad en el pasado y hace de la identidad presente una proyección de la historia; esta identidad sólo tiene un valor presente en función del pasado.

Por su parte, la identidad asignada a través del término “autodenominados” es una identidad que, además de ser transitiva, tiene un carácter puntual, esta identidad carece de valor retroyectivo, aunque tampoco es de carácter proyectivo: es decir, no está fincada ni en un pasado (“han sido” o “fueron”), ni en un “serán” futuro (virtualidad presente que es imagen de una realización futura) así como tampoco en un “están adviniendo al ser” que empataría al presente con el futuro en un continuo temporal, sino que la ubican en un presente válido únicamente el tiempo de la enunciación: el detractor no puede negar que ha existido el acto de asunción de identidad (que corresponde a la retroyección), pero sí le niega su alcance temporal y, por ende, su permanencia.

Volvemos a encontrar las dos formas de identificación en la siguiente oposición, muy frecuente sobre todo en los primeros meses del conflicto:

profesional de la esperanza vs. *profesional de la violencia*
identidad proyectiva identidad retroyectiva

⁶Sulca Báez, 1990-1993: cap. III.

En efecto, ya desde el primer mes del conflicto, el presidente Carlos Salinas se refirió a los dirigentes guerrilleros como mercenarios y guerrilleros a sueldo provenientes del extranjero, para distinguirlos de los indígenas, cuya presencia era innegable; para ello, utilizó la expresión “profesionales de la violencia”, misma que fue utilizada profusamente en los ámbitos políticos y periodísticos, a lo que Marcos respondió en una carta, dirigida al niño Miguel A. Vázquez Valtierra:

Y resulta que sí, que somos profesionales. Pero nuestra profesión es la esperanza. Nosotros decidimos un buen día hacernos soldados para que un día no sean necesarios los soldados. Es decir, escogimos una profesión suicida porque es una profesión cuyo objetivo es desaparecer, soldados que son soldados para que un día ya nadie tenga que ser soldado. Claro ¿no? (6/03/1994, 1:191)

Identidad que el subcomandante reitera en otras ocasiones, como en el ejemplo ya mencionado (3/09/94; 1:304) en donde reitera su definición como “profesional de la esperanza”.

Con estas citas es posible precisar más el contenido de la identidad proyectiva que identificamos como un enunciado elíptico en el cual el contenido de la esperanza se encuentra elidido. La primera cita permite la reconstrucción siguiente:

(profesional de [la esperanza de <no ser soldado>]).

Se trata de un enunciado formado a partir de dos construcciones adnominales: (1) profesional de; (2) esperanza de. Para poder interpretar el enunciado resultante como una identidad proyectiva es necesario considerar el semantismo de las dos construcciones constitutivas y señalar una primera dificultad: tanto el término *profesional* como el de *esperanza* son de carácter retroyectivo y no proyectivo puesto que se refieren a estados realizados, instituidos en un pasado y que configuran a un actor cuya identidad es asumida. Sin embargo, el enunciado resultante configura a un actor cuya identidad permanece en un estado virtual y proyectada en un futuro —la esperanza—, lo que corresponde a una identidad anticipada. Para resolver esta aparente paradoja debe considerarse la presencia de un proceso de resemantización que sustituye los rasgos semánticos /estático/ y /retroyectivo/ en provecho de los rasgos /dinámico/ y /proyectivo/. Esta sustitución de rasgos sólo es posible si el segmento elicitado gracias a la primera cita *no ser soldado* es considerado como un predicado dinámico en lugar de tomarlo como

un estado, es decir, si se le deja de considerar como un simple contenido o una meta del estado de *esperanza* para pasar a considerarlo como la identidad modal de un sujeto eminentemente activo: en consecuencia, el *no ser soldado* equivaldrá a una inacción considerada como una acción y la *esperanza* corresponderá a la disposición de este sujeto activo para *abstenerse* activamente de actuar. Dicho en términos narrativos, el *profesional de la esperanza* muestra su disposición activa para obtener la competencia narrativa que le permitirá dejar de ser soldado.

La identidad así afirmada constituye entonces una identidad anticipada que requiere de la ejecución de un programa de acción definido como el /no ser soldado/ y de las competencias y condiciones necesarias para su realización. Esta identidad es de naturaleza eminentemente actancial⁷ y contrasta con el juicio del presidente Salinas que corresponde a una identidad reconocida como un estereotipo, ya sea a partir del papel temático del *mercenario* con el que es posible identificar la expresión *profesional de la violencia* o bien simplemente a partir del papel patémico⁸ del *proclive a la violencia*. Con estos señalamientos ahora podemos precisar más el contenido de las identidades en conflicto:

<i>profesional de la esperanza</i>		<i>profesional de la violencia</i>
identidad proyectiva anticipada	vs	identidad retroyectiva asignada
papeles actanciales articulados en un recorrido		papeles temáticos organizados alrededor de un estereotipo

⁷ Cf. Nota 5.

⁸ A partir de la década de 1980, la semiótica narrativa desarrolló una semiótica de las pasiones, de las emociones y sentimientos. El papel patémico es la disposición pasional (la escolástica hablaba de “inclinaciones del alma”) que determina el modo en que el actor realizará su acción: indolentemente, con entusiasmo, lleno de ira, etcétera.

3. El portavoz de una identidad

A las polémicas iniciales se suma la inscripción de las afirmaciones del ser en programas de más amplio carácter político, en particular en el ámbito comunicativo definido a través del papel temáticos de la *representatividad*. En especial, asumir la palabra a nombre de otros equivale a transformar la propia identidad de manera más o menos permanente. Al igual que en la identidad objeto de una polémica, la representatividad es también producto del dispositivo aspectual e intencional.

Las siguientes citas son muestra del papel temático de *portavoz*, pero que curiosamente marcan el conflicto central señalado anteriormente: quien habla es quien define.

(1) *Por mi boca habla el CCRI, CG del EZLN.* (22/02/1994, 1: 162)

(2) *Tenemos que decir nuestra palabra y que otros la escuchen. Si no lo hacemos ahora, otros tomarán nuestra voz y la mentira saldrá de nuestra boca sin nosotros quererlo. Busca por donde puede llegar nuestra verdad a otros que quieren escucharla.* (11/02/1994; 1: 138)

O en la respuesta que da el comandante Tacho a un periodista que insinuaba la existencia de desacuerdos entre el *sup* y la comandancia zapatista durante los diálogos de San Andrés:

(3) *Lo que opina Marcos es lo que opina esta delegación; el subcomandante Marcos no se vende ni se rinde; eso es lo que dice Marcos.* (24/04/1995)⁹

En (1) se produce una fusión del individuo que habla en una colectividad. No es que el individuo simplemente represente a la colectividad como parte de ella, sino que él se erige en la colectividad hablando: la identidad es retroyectiva y el individuo asume un papel de imagen viva de la colectividad, su individualidad pasa a segundo plano o simplemente se desvanece. La identidad de la colectividad es permanente y la del individuo como su representante lo es también pero sólo en la medida en que el mecanismo de delegación de la palabra siga vigente.

⁹ <http://www.eco.utexas.edu/~archive/chiapas95/1995.04/msg00315.html>

En (2) se dice de manera explícita que es la voz la que antecede a la identidad y no lo inverso: “normalmente” si alguien habla por mi yo puedo desautorizarlo, tal posibilidad parece estar excluida, no por incapacidad circunstancial para desautorizar, sino “antológicamente”, puesto que la voz es la que da origen al ser: la identidad es proyectiva, surge a partir del acto de enunciación para instalarse en un futuro marcado lingüísticamente (*Si no lo hacemos ahora, otros tomarán nuestra voz y la mentira saldrá de nuestra boca sin nosotros quererlo*); la identidad presente es sólo virtual, como lo muestra la presencia de la modalidad¹⁰ del /querer/ que, en este caso, no corresponde a un /no querer/ sino a un /querer no ser/ que depende de las enunciaciones futuras.

En (3) se opera una fusión similar a (1) pero en sentido inverso y de manera indirecta. Estamos frente a tres actores distintos: la delegación que negociará con el gobierno, el comandante Tacho (un indígena) y el subcomandante Marcos. En este caso es la colectividad, figurativizada¹¹ en la delegación negociadora, quien habla y se erige en un individuo, el subcomandante Marcos. En la primera parte del enunciado, Tacho se transforma en la delegación de modo similar a como sucede en (1) y, en la segunda parte, una vez constituido el complejo individuo-colectividad (en donde prima el término colectividad), se opera la fusión en sentido inverso cuando se transforma en un individuo distinto (Marcos). De este modo, la identidad de la delegación termina fusionándose con la de Marcos (en el complejo así construido prima el término individuo). Esta identidad (la delegación hablando a través de Tacho y como si fuera Marcos) es puntual en la medida en que es válida el tiempo que dura su enunciación: se trata de una identidad inestable que es necesario reactualizar en el lenguaje.

Como se puede observar, los tres ejemplos son notables porque, si bien ponen en juego los mecanismos de la representatividad política, esta representatividad no opera en el mismo modo que en las democracias occidentales: dentro del grupo zapatista los individuos no hablan como meros portavoces, sino que tienen que despojarse de su individualidad para asumir una nueva identidad, a veces de

¹⁰ La modalidad es la categoría de la sintaxis narrativa que, junto con los papeles patémicos, permite describir el modo en que un actor realiza sus acciones: la modalidad forma parte de la competencia que un actor tiene para la acción.

¹¹ Además de los papeles actanciales y temáticos, los actores reciben atributos figurativos, es decir, de carácter antropomorfo, con los que se produce el efecto de realidad, el efecto de que se está representando la realidad: el uniforme del supMarcos es un atributo figurativo de su persona.

carácter colectivo pero también individual (finalmente recordemos que en el ejemplo (3) Tacho habla como si el que hablara no fuera él sino Marcos). Esta forma de representación deja poco lugar al desmentido y exige un fuerte consenso en la toma de decisiones, que llega hasta la inflexibilidad: una vez que se toma una decisión no se puede cambiar de opinión so pena de perder la propia identidad. Quizá de ahí derive la perplejidad de muchos observadores (funcionarios, periodistas, antropólogos) cuando asisten a asambleas campesinas e indígenas y constatan, por una parte, la unanimidad en las votaciones que hace imposible la existencia de grupos minoritarios y, por otra parte, la inviabilidad de la disidencia en el seno de las comunidades una vez tomados los acuerdos (considérese simplemente el fenómeno de las expulsiones de pobladores por razones religiosas o partidarias).

4. La identidad contractual

Otro aspecto de la identidad de nuestro personaje que no ha sido abordado es el de su relación, ya no con los antagonistas, sino con los aliados. Discurso que se inscribe dentro de relaciones intersubjetivas de tipo contractual. Marcos aparece, en ese caso, como un actor dotado de una identidad nueva, la cual ha adquirido mediante su contacto con los pueblos indios y con el saber ancestral que éstos poseen. Esta identidad es presentada como objeto de un laborioso aprendizaje, en el que el lenguaje y la memoria juegan un papel central.

Al examinar el acto comunicativo que constituyen las epístolas de Marcos, nos encontramos con tres ordenamientos de los actores involucrados:

1. En primer lugar un acto enunciativo (¿quién habla?) sigue el curso de los actos de cesión de la palabra. Marcos habla para referirnos, mediante el discurso directo, las palabras del viejo Antonio:

El viejo Antonio esperó a que encendiera yo mi pipa y, tomando del humo común la memoria necesaria, me contó... (25/02/2001, 5: 123)

Éste, a su vez, nos refiere las palabras de los primeros hombres; este orden va del presente de la enunciación a un pasado mítico:

Cuentan los viejos más viejos de nuestros pueblos, que los primeros dioses, no los más primeros, no los que nacieron el mundo, sino otros que ya no eran tan primeros pero sí algo, eran un poco holgazanes. (25/02/2001, 5: 123)

Esta relación no es limitante, puesto que otros pueden referir, a su vez, las palabras de Marcos. (cf. *infra*. número 3)

2. Bajo esa delegación de la voz ocurre otro ordenamiento que esta vez articula los actos informativos de carácter didáctico; los hombres y mujeres de maíz aprenden la importancia de la memoria y transmiten ese saber hasta el viejo Antonio, quien se lo enseña a Marcos: este orden es inverso del anterior, va del origen mítico al presente:

Y así fue como llegaron al acuerdo de poner su memoria bien cuidada, y lengua hicieron su palabra. Pero pensaron que qué tal que olvidan su lengua o alguien les roba esa memoria, y entonces acordaron también grabarla en piedra y guardarla bien donde su pensamiento les dijera. Y unos guardaron en la montaña la piedra con la memoria grabada, y otros a la mar la dieron a cuidar. (25/02/2001, 5: 124)

3. Un hacer informativo (¿de dónde viene la información?) que se encuentra desdoblado: uno primero vincula al *sup*, en su papel de narrador, a los lectores de las misivas; este hacer informativo se articula con un segundo que vincula al *sup* con un auditorio simulado, los indígenas y, específicamente, los zapatistas. Este hacer informativo puede incluir a otros participantes:

Antes de que saliéramos para acá, el SupMarcos nos contó una historia que dice que le contó el viejo Antonio para la mar. El sup nos contó esta historia para que nosotros la conociéramos y la contáramos a ustedes... (20/11/1998, 4: 265)

El hacer informativo desdoblado se identifica por momentos con el hacer enunciativo, cuando el subcomandante toma la palabra en primera persona y se ubica en el aquí–ahora de la enunciación: en esos momentos puede suceder que, salvo indicación contraria, el destinatario explícito de sus palabras —aquellos a quienes van dirigidas las misivas— se confundan con los indígenas y los zapatistas. Al respecto cabe también señalar que los destinatarios explícitos son, en la mayoría de los casos, los periódicos aunque en algunas ocasiones se dirige a alguna persona en especial. De modo que esa estructura aparentemente deja al común de los lectores en el papel de un lector y observador externo quien se inmiscuye en esos actos comunicativos sin que se le otorgue un papel más específico que el de

mirón. Tal caracterización, sin embargo, no es del todo satisfactoria en la medida en que las misivas tienen un estatuto ambiguo, entre lo público y lo privado.

Entre la carta privada y el manifiesto público se sitúan los escritos del subcomandante. Cabe mencionar aquí el vaivén de las responsabilidades: quien hace públicas las cartas no es el signatario sino el destinatario; son los periódicos quienes deciden su publicación. Pero pecaríamos de ingenuos si creyéramos que el signatario no ha anticipado la publicación. Por esta razón es necesario considerar la responsabilidad de la publicación como un juego que torna en cómplice involuntario al receptor señalado de la misiva. Es ahí donde surge la ambigüedad de las fronteras entre lo público y lo privado, ya que si nos atenemos a los estereotipos podemos decir que el subcomandante encapuchado se encuentra en la situación de *querer no ser visto*, mientras que los demás nos hallamos en la posición “voyerista” de *querer ver*: pero, al publicarse sus cartas, no es posible sino constatar que el deseo de no ser identificado se ve contrarrestado por el *querer ser leído*, querer mostrarse en la esfera pública.¹² De modo que la ambigüedad no reside en la aparente posición incómoda de mirón en las que no sitúan las cartas, ni en la máscara detrás de la que se esconde su autor, sino en su exhibicionismo epistolar, en su afán por controlar los mecanismos de su identificación.

Por otra parte, el hacer enunciativo pone en juego el modo peculiar, ya señalado, en que se da la delegación de la palabra entre los zapatistas y en el que el vocero asume el papel de la colectividad, al tiempo que soslaya su identidad individual: de este modo se entiende que Marcos esconda e, incluso, intente borrar, su identidad personal en provecho de la identidad zapatista que pretende asumir. Esta reidentificación se produce mediante el ejercicio del vocero que asume la palabra colectiva: a través del viejo Antonio, son los primeros hombres quienes hablan, lo que sucede igualmente con respecto a Marcos cuando refiere las palabras de los anteriores. La identidad es retroyectiva, lo que se encuentra claramente marcado mediante la figura de la *memoria*, como se expresa en (25/02/2001, 5: 124).

Pero esa identidad es instrumental, puesto que no se limita a ser una añoranza de los tiempos idos o a confundir el tiempo presente con el tiempo de los orígenes: su valor reside en la capacidad que otorga a los enunciatarios indígenas —la atribución de competencia— para asumir su propia identidad y proyectarla en toda acción futura, lo cual es señalado bajo la figura de la *dignidad* (cuyo análisis no podría ser emprendido aquí):

¹² Cf. Landowski: 1993.

En ellos [los sueños] viene la historia y la memoria, sin ellos se come la muerte y el olvido. Aprendiendo a soñar aprenden a hacerse grandes, a hacerse dignos, a luchar. (2/01/96; 3:75).

A su vez, la fusión de la identidad individual en la colectividad aparece marcada figurativamente, por lo que nos centraremos en las figuras simbólicas de la competencia cognitiva de los enunciadores —¿cómo es que acceden al saber ancestral?— y, en consecuencia— ¿qué estatuto de verdad tiene ese conocimiento?

En cuanto a primer punto, las figuras que constituyen el escenario de la transmisión del saber son múltiples y reiteradas, por lo que bastan unos cuantos ejemplos para presentarlas:

Así que estaba yo velando la solitaria voluta de humo de mi pipa, adivinando tal vez que ya llegaría después la niebla a darle puerto a esa nube que me nacía de los labios, cuando de un árbol cercano se desprende una forma, mitad niebla, mitad sombra, y con paso cansado se llega a mi lado y me dice: La sabiduría no está en conocer muchas cosas o en conocer mucho de una cosa... (11/12/1998, 4: 267)

Marcos se encuentra en actitud de espera: vela el humo de su pipa como quien antaño velaba las armas. Aludir aquí a un pasado antiguo no es tan insensato como parece, si recordamos la figura del escarabajo Durito y su obsesión caballeresca: se trata de una isotopía¹³ ética que atraviesa todo el discurso del subcomandante. Pero no es tanto la figura medieval de la vigilia, como el entorno figurativo el que debe llamarnos la atención: lo que vela es el humo que se funde y se confunde con la niebla circundante. Y así, como de la boca nace la voz hecha humo, de los árboles nace la niebla, figura informe que, paradójicamente, adopta una forma y habla. El paralelismo es patente: de la boca nace el humo, como del árbol la niebla; el humo nace del órgano de la voz y le niebla resuena al proferir

¹³ Una categoría semántica o un término de dicha categoría es susceptible de encontrarse de manera local, en un punto del relato, o bien de manera global, de manera recurrente a lo largo de varias secuencias. En este último caso se habla de dicha categoría o término como de una isotopía. Así, la *ocultación* es una isotopía del discurso de Marcos que aparece en su pasamontañas, en las posdatas, en el humo de la pipa, etcétera.

unas palabras. La niebla–humo es la figura de la voz y del conocimiento. Ética y conocimiento se confunden en ese humo propiciatorio para inaugurar el tema de la sabiduría. El fragmento prosigue:

Yo tiemblo. Un poco por el frío, otro poco por la niebla, un mucho por lo que escuché, algo más por la sorpresa de reconocer al viejo Antonio tras el relámpago del fósforo encendiendo su cigarrillo de doblador. Yo hice lo que siempre hago en estos casos: me froté las rodillas, mordisqueé la pipa y pronuncié un sabio “Mmmmh”. El viejo Antonio se sentó a mi lado, acomodó su cigarro en la comisura izquierda de su boca y, murmurando, dio forma, color y calor a la Historia del uno y los todos... (11/12/1998, 4: 267)

Esta continuación se articula alrededor del acto informativo: el viejo Antonio toma la palabra y el *sup* la escucha. Bajo ese acto aparentemente anodino se esconde, sin embargo, un juego sutil de acomodados que, a la manera de un ritual propiciatorio, señalan la disposición de los personajes a asumir sus papeles temáticos: el del maestro y el del aprendiz. Varios motivos hacen temblar al *sup* —el frío, la escucha del dicho enigmático, un súbito y mínimo relámpago y la niebla, cuya acción desconocemos— y, al temblar, actualiza la actitud de quien va a escuchar, lo que se marca mediante un expectante *mmmh*. Como en una suerte de danza ritual, en donde las parejas acomodan sus gestos a los del otro, el viejo Antonio enciende su cigarrillo y lo acomoda, se sienta y murmura, a lo que el *sup* responde frotándose las rodillas y mordisqueando la pipa. Comienza así la escenificación del discurso de aprendizaje.

El omnipresente cigarrillo así como la inevitable pipa son las figuras que inauguran ese discurso al propiciar la aparición del fuego, la luz y el humo en un entorno de niebla y oscuridad. Estas son las mismas que veremos en muchas otras ocasiones, cada vez que el viejo Antonio toma la palabra. Todas estas figuras se organizan alrededor de una configuración que pudiera parecer anodina —dos personas se reúnen al caer la noche para conversar— pero cuyo valor subyacente consiste en articular simbólicamente el acto de transmisión de la sabiduría, como vemos en el siguiente pasaje:

Tal vez por eso, el fuego que encendió el cigarro de doblador y la palabra del viejo Antonio alumbró ayeres muy pasados. El viejo Antonio esperó a que encendiera yo mi pipa y, tomando del humo común la memoria necesaria, me contó... (25/02/2001, 5: 123)

En él, la palabra se ve identificada con la luz del fósforo: ese relámpago inaugura de manera intensa la presencia pertinaz de la brasa del cigarrillo. La luz cumple varias funciones: hace nacer el conocimiento (es agente de su alumbramiento), lo pone a disposición del maestro (quien hablará lúcidamente), ilustra al ignorante acerca de materias oscuras y recónditas (esos *ayeres muy pasados*). Pero esa luz no es atributo exclusivo del maestro, también la comparte el alumno que alumbraba, a su vez, la pipa. Con la acción de reciprocidad, que señala la receptividad de quien escucha y aprende, se opera un giro simbólico que reúne en una misma configuración los valores aparentemente contradictorios de la luz y la oscuridad. Si la luz alumbraba, torna lúcido e ilumina, lo hace en la medida en que rompe puntualmente la oscuridad envolvente pero también en la medida en que hace surgir el humo (así como la niebla y la sombra, que son sus avatares). El efecto no es, pues, sencillo, sino que muestra la coexistencia de valores opuestos en el seno de una misma categoría: la luz se proyecta sobre el pasado oscuro para que el maestro pueda recoger la memoria sombría. La luz cumple la función de seleccionar lo que del pasado será transmitido como sabiduría. Una vez más debemos señalar que esta configuración es recurrente:

Ya la noche de San Juan reina en las montañas del Sureste mexicano. Y reina como es ley, es decir, lloviéndose. Vientos marinos trajeron hasta lo alto de esta ceiba una cajita de recuerdos. De una de las comisuras de la abierta boca del cofrecito sobresale una serpentina de luz y, con ella, una historia. En ella se aparece de pronto, como lluvia nocturna, el viejo Antonio y, como si tal cosa, me pide fuego para encenderse el cigarro y la memoria. Por encima del rudo tamborileo de la lluvia sobre el techo de nylon se levantan las palabras del viejo Antonio para, puestos que recuerdos y luminosas serpentinan, contar: La historia de la Vía Láctea... (24/06/1999; 4: 313)

En este último fragmento, la niebla es sustituida por la lluvia nocturna y el relámpago del fósforo por una incierta serpentina de luz. Es posible suponer que todos estos pasajes reseñan un ritual propiciatorio de tipo chamánico. Conocemos el papel que el tabaco juega en sociedades tradicionales: el humo del tabaco aleja aires nocivos, a la vez que torna visible el aliento y establece vínculos con el mundo sobrenatural (los dioses gustan del humo). No es tanto que produzca un conocimiento inmediato de lo sobrenatural mediante alucinaciones, como el hecho de que suscita una disposición favorable de escucha, una receptividad.

El humo es el asiento de la memoria, lugar donde se deposita el pasado y a donde los hombres van a recuperar sus recuerdos: es pues el lugar donde reside

el destinador trascendente de la sabiduría. Más que remitir a la transmisión oral de una tradición a lo largo de las generaciones, el discurso pone en escena un ritual mágico de fusión de identidades al fundirse figurativamente los humos del cigarrillo y de la pipa con la niebla circundante. Mediante esta fusión se opera la conversión del subcomandante Marcos a los principios y valores de los indios.

Que el papel de mediador lo asuma la figura evanescente y etérea del humo del tabaco no es novedad del discurso antropológico. Pero trasluce quizás aquí un recuerdo más literario, que impregna el imaginario del autor, puesto que, en ellas, resuenan los ecos de otro literato cuyo poema nos remite a la isotopía mítica a la que el texto del zapatista exige:

Oráculo

Los labios fríos de la noche
dicen una palabra
columna de pena
piedra y no palabra
sombra y no piedra
pensamiento de humo
agua real para mis labios de humo
palabra de verdad
razón de mis errores
Si es muerte sólo por ella vivo
si es soledad hablo por ella
Es la memoria y no recuerdo nada
No sé lo que dice y a ella me fío
como olvidar que lo sabemos
Tiempo que entreabre los párpados
y se deja mirar y nos mira¹⁴

¿Influencia, coincidencia azarosa, remisión a un fondo cultural común? No sabemos, pero es patente en el texto de Paz la asociación de la palabra con el humo y de una palabra vuelta memoria inexpresable. Lo que importa en todo caso es que esa palabra es *de verdad*, de una verdad surgida del tiempo y del olvido. El discurso del viejo Antonio, por boca de Marcos, también se presenta como un discurso de saber, que pretende a una verdad. Pero, dado el juego de

¹⁴ Paz, 1990: 328.

delegación de la palabra, ¿cuál será su estatuto: verdad accesible o inaccesible; necesaria o posible; presupuesta o consecuente?

Entre el discurso de profesión de verdad y la realidad circunscrita por él (Coquet, 1997: 202) existen varias formas de su acomodo. Las verdades proferidas pueden ser herméticas y misteriosas o abiertas y evidentes; pueden también ser verdades reservadas o compartidas; universales o particulares.

Ya quedó claro en los apartados anteriores que ni Marcos ni el viejo Antonio enuncian un discurso personal, un discurso que les sería propio, en el sentido de la exclusividad: “su” discurso. No hay discurso de Marcos que sea distinto al del viejo Antonio, sino un único y mismo discurso cuyo origen y autoría son ajenos a ambos interlocutores. Quizá podríamos hablar de un discurso comunitario, del discurso de un actante colectivo que se expresara a través de uno de sus actores individuales que lo componen, pero en ese caso habría que precisar que se trata de un discurso de la comunidad y no del discurso de una suma de individuos. De modo que, de acuerdo con la tipología de formas de asunción de la verdad en el discurso propuesta por Coquet,¹⁵ las cartas del subcomandante se sitúan en una dimensión dialógica en donde coexisten el yo y el tú, cómplices en el acto comunicativo, que enuncian una verdad compartida únicamente por ambos; pero al asumir el papel de voceros, pierden esa identidad singular marcada por los pronombres para asumir una identidad comunitaria inscrita en un pasado, que propone un modelo a seguir en el futuro, una verdad que no es asumida por un nosotros, sino por una suerte de “ellos”, los primeros hombres, los hombres de maíz con los que las enseñanzas del viejo Antonio invitan a fundirse y a confundirse.

Conclusión

Entre el discurso tradicional de los ancestros, el discurso literario y personal, aunque cargado de influencias clásicas y modernas (de Cervantes a Paz), entre un discurso personal y otro colectivo, entre la expresión singular y la ideología, las cartas de Marcos se caracterizan no por oscilar entre distintos polos de atracción, lo que les conferiría un carácter heterogéneo cuya coherencia sería extremadamente difícil, sino por articular voces divergentes: míticas, propias, políticas, u otras. Todas esas voces coexisten en las Epístolas en el modo de la fusión, como una convocación de distintos discursos bajo una sola voz o, más

¹⁵ Coquet, 1997: 201-210.

bien, bajo la misma pluma. Esta fusión es un intento de darse una identidad nueva y se inicia en el lugar mágico y mítico desde donde surgen las enseñanzas del viejo Antonio y culmina en el espacio impreso de las publicaciones. La identidad así construida se obtiene a lo largo de un proceso arduo de confluencia con los valores indígenas comunitarios y de divergencia con los antagonistas. En este proceso Marcos encuentra las raíces de su legitimidad.

Obras citadas

Benveniste, Emile (1966), *Problèmes de linguistique générale*, París, Gallimard.

Coquet, Jean Claude (1984), *Le discours et son sujet*, París, Kliencksieck.

_____ (1997), *La quête du sens*, París, Presses Universitaires de France.

EZLN, *Documentos y comunicados*, tomos 1-5, México, Era, 1994-2003.

Flores, Roberto (1992), “Contra la identidad”, en *Versión*, núm.2, pp. 133-140.

_____ (1994), “Las Epístolas del sub Marcos a la prensa: el juego de lo público y lo privado”, en *La Jornada*, México, 19 y 20 de febrero.

_____ (1996), “A semiotics of identity: the letters of sub-commander Marcos to the press”, en C. W. Spinks y J. Deely (eds.), *Semiotics 1995*, Nueva York, Peter Lang, pp. 84-93.

Goffman, Erving (1959), *The presentation of self in everyday life*, Nueva York, Doubleday.

Landowski, Eric (1993), *La sociedad figurada. Ensayos de sociosemiótica*. México: Fondo de Cultura Económica.

Paz, Octavio (1990) *Obra poética*. México: Seix Barral.

Sulca Báez, Edgar (1990-1993) *Nosotros los coletos. Identidad y cambio en San Cristóbal de las Casas*, tesis de maestría en antropología social, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia.

D. R. © Roberto Flores, México, D. F., enero-junio, 2006.

RECEPCIÓN: Septiembre de 2006

ACEPTACIÓN: Enero de 2007